

Precisamente en aquel momento llamaban al sargento para asuntos del servicio, y al regresar éste, previno á los hombres de su sección que como no había medio de repartir provisiones, consumiesen los víveres de campaña que tenían. El convoy decían que se había quedado en el camino, por causa del mal tiempo, y en cuanto al rebaño de bueyes, se había extraviado á consecuencia de órdenes mal dadas ó mal interpretadas. Mas tarde, se supo que habiendo subido del lado de Rhetel el 5.º y el 12.º cuerpos, todas las provisiones de los pueblos cercanos habían afluído hacia aquel punto, lo mismo que los habitantes deseosos de ver al emperador; de suerte que, delante del 7.º cuerpo, el país había quedado desierto; no había ni carne, ni pan, ni gentes, y para colmo de males, efecto de una mala interpretación, los aprovisionamientos de la administración militar habían ido á parar al Chêne Populeux. Durante toda la campaña fué aquella la continua desesperación de los desgraciados intendentes, contra los cuales clamaban los soldados, y cuya única culpa era de ser demasiado exactos en enviar los víveres á los puntos que les había designado el Estado Mayor y á donde no llegaban las tropas.

—¡Brutos, animales!—repetía Juan, — merecís morir de hambre y aunque no sois dignos de que me ocupe de vosotros, voy á ver si encuentro algo para comer.

Se fué llevándose á Pache, á quien estimaba, porque era muy prudente, aunque le parecía demasiado beato.

Desde hacía algún momento, Loubet había hus-

meado á unos doscientos, ó trescientos metros una pequeña casería, donde le parecía que había una tienda de ultramarinos. Llamó á Chouteau y á Lapouille, diciéndoles:

—Vamonos por aquí; que me parece que vamos á pescar algo.

Mauricio se quedó vigilando la marmita con orden de ir atizando el fuego. Se había sentado sobre su manta, con el pie descalzo para que se secara la llaga. La vista del campamento le interesaba, todas las escuadras estaban en movimiento preparándose á consumir sus provisiones. En medio de la enorme agitación que le rodeaba, á través de los pabellones de armas, de las tiendas de campaña, notaba que había escuadras que no habían podido encender lumbre, otras, resignadas, se habían acostado ya, mientras que algunas comían con mucho apetito, según el espíritu previsor del cabo que las mandaba, y de los individuos de que se componían. Lo que más llamaba su atención era el orden que reinaba en la artillería de reserva, acampada sobre la loma. Al ponerse el sol, hizo brillar entre dos nubes los cañones, á los que los artilleros habían quitado ya el barro del camino.

En la casería que Loubet y sus compañeros habían descubierto, el jefe de la brigada, general Bourgain Desfeuilles, acababa de instalarse cómodamente. Había encontrado una cama bastante aceptable y estaba sentado á la mesa, delante de una tortilla y de un pollo asado, lo que hubo de ponerle de muy buen humor, y como el coronel Veneuil había ido á visitarle para un asunto del servicio, le convidó á cenar.

Estaban sentados los dos alrededor de aquella mesa, servidos por un mozo rubio que el dueño de la casa tenía á su servicio, desde hacía tres días; un alsaciano expatriado, al que había arrastrado el desastre de Frœschwiller. El general hablaba todo cuanto se le venía y las mientes, sin preocuparse de aquel hombre; comentaba la marcha del ejército, y después le interrogaba acerca del camino y de las distancias, olvidando que no era aquel país. La ignorancia de que daba prueba el general, acababa de conmover al coronel. El había vivido en Mezieres. Dió algunas indicaciones, y al oirlas el general, exclamó:

—¡Pero esto es tonto, sencillamente tonto! ¿cómo quiere usted que nos batamos en un país que no conocemos?

El coronel se desesperaba. Sabía que desde la declaración de la guerra se habían distribuido á todos los oficiales mapas de Alemania, y que ninguno poseía un mapa de Francia. Todo lo que veía, todo lo que oía, desde el principio de la guerra, le antiquilaba. Sólo le quedaba su valor, con su autoridad de jefe, un poco limitada, á quien los soldados querían más bien que temían.

—¡No nos dejan comer en paz!—dijo el general. Vaya usted á ver lo que pasa, alsaciano.

Pero se presentó en aquel momento el casero, desesperado, llorando, lamentándose. Decía que le robaban, que los cazadores y los zuavos le saqueaban la casa. Había tenido la debilidad de abrir la tienda, siendo el único en el pueblo que tenía huevos, patatas, conejos. Vendía sin robar mucho, se guardaba el dinero y entregaba el género, tanto

que los compradores, cada vez más numerosos, le habían atontado, y acabaron por atropellarle, por coger cuanto les daba la gana, sin pagarle. Durante la guerra, si muchos aldeanos lo escondieron todo, si negaron hasta un vaso de agua á los soldados, fué por ese miedo que les causaban aquellos atropellos, aquella marea de hombres que se les metía por la casa, y se lo llevaban todo.

—¡Déjeme usted en paz! buen hombre,—dijo el general.—Habría que fusilar una docena cada día ¿y puede hacerse eso?

Mandó cerrar la puerta para no verse obligado á intervenir, mientras que el coronel le explicaba que no se habían repartido las provisiones á los hombres y que éstos tenían hambre.

Loubet había visto un campo sembrado de patatas, y auxiliado por Lapoulle, empezaron á arrancarlas con las manos, llenándose los bolsillos. Pero Chouteau, que estaba encaramado encima de una pared, les llamó y se acercaron; había visto una manada de gansos, una docena de gansos magníficos que se paseaban majestuosamente en un corral estrecho.

Celebraron consejo los tres, y le tocó á Lapoulle ir á cazar el ave, para lo cual dió un salto cayendo al corral. El combate fué terrible; uno, al que había cogido, estuvo á punto de cortarle las narices con su duro pico. Entonces le agarró por el cuello, y quiso estrangularle, mientras que el animal se defendía arañándole el vientre y los brazos. Por último, tuvo que aplastarle la cabeza de un puñetazo, y echó á correr perseguido por el resto de la manada que le picoteaba las piernas.

Cuando los tres llegaron al campamento con el ganso escondido en un saco, juntamente con las patatas, encontraron á Juan y Pache que regresaban contentos de su expedición cargados con cuatro panes y un queso, que habían comprado á una pobre mujer.

—Puesto que el agua hierve, vamos á hacer el café. Tenemos queso y pan; banquete completo.

Pero de pronto vió el ganso, echado á sus pies, y se sonrió tanteándolo como hombre que lo entiende.

—¡Vaya un bicho, lo menos pesa veinte libras!

—Es un pájaro que hemos encontrado—replicó Loubet, con su voz de pillastre—y que ha querido entablar relaciones con nosotros.

Juan movió la cabeza, como renunciando á entrar en más averiguaciones. De algún modo tenían que vivir, y después de todo, ¿por qué no había de tocarles á ellos aquella ganga, después de los malos tragos pasados?

Loubet encendía ya la lumbre, Pache y Lapouille desplumaban el ganso precipitadamente, y Chouteau que había ido á pedir un bramante á los artilleros, volvió con él, colgando al bicho entre dos bayonetas delante del fuego; Mauricio se encargó de darle vueltas para que no se quemara. La grasa comenzaba á caer dentro de la marmita de la escuadra, aquello fué el triunfo del asado á la cuerda. Todo el regimiento, atraído por el buen olor, se fué acercando poco á poco, formando círculo alrededor de aquella afortunada escuadra. ¡Vaya un festín! ¡Ganso asado, patatas cocidas, pan y queso! Cuando Juan partió el ganso, la escuadra

se atracó de firme. No quedó nada de aquella ave caída allí tan milagrosamente, pues llevaron un trozo á los artilleros para pagarles de algún modo el préstamo que habían hecho.

Precisamente, aquella noche, los oficiales del regimiento no habían comido. Por un error de dirección, el furgón del cantinero se había extraviado. Si los soldados padecían cuando no se verificaban los repartos de provisiones, acababan siempre por encontrar algo que comer, se ayudaban mutuamente, los hombres de cada escuadra reunían sus esfuerzos, mientras que el oficial entregado á sus propias fuerzas, aislado, se moría de hambre, sin lucha posible en cuanto faltaba la cantina.

Así es que Chouteau, que había oído al capitán Beaudoin echar sapos y culebras, porque había desaparecido el furgón de los víveres, se mofaba de él, al verle pasearse tan tieso y le señalaba con la vista á sus compañeros.

—Miradle, su nariz se mueve, daría un duro por su armazón.

Todos se echaron á reír al notar el hambre canina que tenía el capitán, que no había sabido hacerse querer de sus hombres, demasiado duro y demasiado joven: un tío orgulloso, como ellos decían. Estuvo á punto de pedir explicaciones á la escuadra, por el escándalo que había provocado con aquella cena, pero temeroso de dar á conocer el hambre que tenía, se alejó, con la cabeza alta, como si nada hubiese visto.

En cuanto al teniente Rochas, atormentado por un hambre feroz, daba vueltas alrededor de la feliz escuadra. Los soldados le querían mucho, en pri-

mer lugar porque odiaba al capitán, aquel mocoso salido de la escuela de Saint-Cyr y además porque él también había llevado el chopo, como todos ellos. Pero, sin embargo, no tenía muy buen genio y á veces daban ganas de abofetearle.

Juan, que con una mirada había consultado á los compañeros, se levantó haciéndose seguir del teniente y dirigióse detrás de la tienda de campaña.

—Diga usted, mi teniente, sin ofenderle: ¿quiere usted aceptar este obsequio?

Y le dió un pedazo de pan y el plato, donde habían puesto un muslo del ganso, sobre seis rajadas de patatas.

Aquella noche no tardaron mucho en dormirse. Los seis digirieron la cena perfectamente. Y tuvieron que agradecer al cabo lo bien que había plantado la tienda, porque no se dieron cuenta de que hacia las dos de la madrugada sopló un vendaval tremendo, acompañado de un fuerte aguacero. Algunas tiendas volaron, arrancadas por la fuerza del viento, los hombres se despertaron sobresaltados, viéndose obligados á andar de la ceca á la meca, en medio de las tinieblas, mientras que la tienda que les albergaba resistió el temporal, sin que el agua penetrara dentro.

Al amanecer, Mauricio se despertó, y como no debían emprender la marcha hasta las ocho, se le ocurrió subir hasta donde se encontraba la artillería de reserva para saludar á su primo Honorato. Su pie le hacía sufrir menos con el descanso de aquella noche. El aspecto que ofrecía el parque le admiraba; las seis piezas de una batería correctamente en línea, seguidas de los arcones, de las pro-

longas, de las forrageras y de las forjas. Más allá, los caballos relinchaban mirando al sol naciente.

En seguida encontró la tienda de campaña donde se albergaba Honorato, gracias al orden perfecto que asigna á todos los hombres de una misma batería una hilera de tiendas, de modo que al ver un campamento se sabe con cuantos cañones cuenta.

Cuando llegó Mauricio, los artilleros estaban tomando el café, y había una disputa entre el conductor delantero, Adolfo, y el apuntador Luis, su compañero.

Desde los tres años que estaban aparejados juntos, siguiendo la costumbre de unir á un conductor un sirviente, siempre estaban de acuerdo en todo, menos cuando llegaba la hora de comer. Luis, más instruido, muy inteligente, aceptaba aquella especie de superioridad que existe entre el artillero montado y el de á pie: plantaba la tienda, hacía los recados y se ocupaba del rancho, mientras que Adolfo cuidaba los dos caballos. Mas el primero, moreno y delgado, con un apetito enorme, se sublevaba cuando el otro, muy alto y con grandes bigotazos, quería hacerse plato como amo. Aquella mañana la disputa había sido originada porque Luis, que había hecho el café, acusaba á Adolfo de tragárselo todo. Fué preciso reconciliarlos.

Al levantarse, todas las mañanas, Honorato iba á visitar el cañón, y ante su vista hacía que le limpiaran, que le secaran el rocío, como si hubiera querido preservarle de algún catarro, y se encontraba allí, viéndole brillar, con mirada cariñosa, cuando reconocía á Mauricio.

—¡Hombre! sabía que el 106º estaba aquí cerca; he recibido una carta de Remilly y quería bajar á buscarte. ¡Vamos á tomar la mañana!

Para poder estar solos los dos, se lo llevó hacia la casería que los soldados habían saqueado la víspera y donde el aldeano que la habitaba, incorregible, deseando ganar unos cuartos, acababa de instalar una cantina, empezando un tonel de vino blanco. Delante de la puerta, sobre un tablón, despachaba su mercancía á veinte céntimos el vaso, ayudado por el criado que había tomado tres días antes, el coloso rubio, el alsaciano.

Honorato iba á beber un trago, cuando sus ojos se fijaron en aquel hombre. Lo contempló un momento asombrado. Después salió de su boca una blasfemia.

—¡Ese es Goliath!

Y se tiró sobre él para estrangularle. Pero el aldeano, creyendo que iban á saquearle de nuevo la casa, se echó hacia atrás y cerró la puerta. Hubo algunos momentos de confusión; todos los soldados que allí se encontraban aporreaban la puerta, mientras que el sargento, loco, gritaba:

—¡Abra usted! ¡abra usted! ¡animall... ¡Es un espial! ¡es un espial!

Ahora Mauricio ya no dudaba. Acababa de reconocer al hombre que habían soltado en el campamento de Mulhouse por falta de pruebas, y aquel hombre era Goliath, el antiguo criado de la casería del tío Fouchard, en Remilly. Cuando el aldeano se decidió á abrir la puerta, aunque registraron toda la casa, el alsaciano había desaparecido, aquel coloso rubio á quien el general Bourgain Desfeui-

lles había interrogado inútilmente la víspera y delante del cual, mientras cenaba con el coronel Vineuil, había confesado todo cuanto iba á hacer, sin poder sospechar que tenía delante un espía. Sin duda, el hombre había saltado por una ventana trasera que se encontró abierta; pero fué inútil buscarle por los alrededores; él que era tan grande se había evaporado como el humo.

Mauricio tuvo que llevarse aparte á Honorato, cuya desesperación iba á desahogar en palabras con los compañeros, los que no tenían necesidad de enterarse de aquella triste historia de familia.

—¡Vive Dios! Le hubiera estrangulado de tan buena gana... Precisamente, la carta que he recibido ha aumentado la rabia que le tenía hace ya tiempo.

Los dos fueron á sentarse á algunos pasos de la casería, y Honorato entregó la carta á Mauricio.

La historia de aquellos amores contrariados de Honorato Fouchard y de Silvina Morange, era una historia como hay muchas. Ella, una muchacha morena, con ojos hermosos, había perdido siendo muy joven á su madre, una obrera á quien habían seducido, que trabajaba en una fábrica de Raucourt; había sido el doctor Dalichamp su padrino de ocasión, un buen hombre siempre dispuesto á adoptar los hijos de las desgraciadas á quienes asistía, quien tuvo la idea de colocarla de criada en casa del señor Fouchard. El viejo aldeano, que se había hecho carnicero, por afán de lucro, era de una avaricia sórdida, muy duro; pero cuidaría á la chicuela y si trabajaba se crearía un modo de vivir. De todos modos se libraba de la vida desordenada de

la fábrica. Ocurrió que en casa del señor Fouchard, el hijo de éste y la criada se enamoraron. Cuando ella entró allí tenía doce años y Honorato diez y seis. Cuando él llegó á los veinte y entró en quintas, tuvo la buena suerte de sacar un número muy alto, librándose de ir al servicio y entonces quiso casarse. Hasta entonces sólo habían mediado entre ellos relaciones puramente platónicas, pero cuando habló á su padre de aquel proyectado matrimonio, éste, exasperado, testarudo, declaró que antes de casarle preferiría verle muerto y guardó la muchacha tranquilamente, confiando en que aquellos amores pasarían. Durante dos años los dos jóvenes continuaron enamorándose y después de una disputa que sobrevino entre los dos hombres, el hijo no pudiendo continuar de aquel modo, sentó plaza y le enviaron á Africa, mientras que el viejo persistió en quedarse con la muchacha, de cuyos servicios estaba muy satisfecho. Entonces ocurrió un desastre: Silvina que había prometido ser fiel á Honorato, se encontró una noche, quince días después, entre los brazos de un criado de labranza que había entrado á servir en la casería algunos meses antes; era éste, Goliath Steimberg, el prusiano, como se le llamaba, un buen mozo, con el pelo rubio y la cara sonrosada, siempre amable; era el compañero, el confidente de Honorato. ¿Fué acaso el señor Fouchard el que había preparado aquella aventura ó fué Silvina la que se entregó en un momento, inconscientemente, enferma y aún debilitada por las lágrimas que había derramado al separarse de Honorato?

Ella misma no lo sabía, abatida, destrozada; lo

cierto es que quedó encinta y aceptaba ahora la necesidad de un casamiento con Goliath. Este, siempre amable, no se oponía, pero retrasaba el momento de cumplir esa formalidad, hasta que naciera el pequeño. Después, bruscamente y en vísperas del parto, desapareció. Dijose entonces que había entrado de criado en otra casa, cerca de Beaumont. Habían pasado tres años y nadie dudaba ya que aquel Goliath, aquel hombre tan amable que abandonaba á las mujeres, era uno de esos espías que Alemania había enviado á nuestras provincias del Este. Cuando Honorato llegó á conocer en Africa aquella triste historia, cayó enfermo y estuvo tres meses en el hospital, como si el sol africano le hubiese aplastado, y nunca quiso aprovechar una licencia para volver á su país por temor de ver á Silvina y al niño.

Mientras que Mauricio leía la carta, las manos del artillero temblaban. Era la carta de Silvina, la primera y única que le había escrito. ¿A qué clase de sentimiento había obedecido, ella tan callada, tan sumisa, ella cuyos hermosos ojos negros, tomaban á veces una expresión extraordinaria, en medio de su continua esclavitud? En la carta decía sencillamente que sabía que estaba en la guerra y que si no debían volverse á ver, que le causaba demasiada pena pensar que podía morir, con la creencia de que ya no le quería. Le quería siempre, no había querido á otro más que á él: y eso mismo repetía en las cuatro carillas de la carta, con frases siempre iguales, sin buscar excusas, sin tratar de explicar lo que había ocurrido entre ella y Goliath.

No decía ni una palabra del niño: terminaba la carta con una despedida muy tierna.

Esta carta produjo mucho efecto á Mauricio, á quien su primo Honorato había tomado otras veces por confidente. Levantó la vista, vió que lloraba y le abrazó con cariño.

—¡Pobre Honorato!—dijo.

Pero ya el sargento, dominada su emoción, guardó la carta cuidadosamente en el pecho y se abrochó de nuevo el capote.

—Estas son cosas que hacen daño,—dijo Honorato.—Si hubiese podido coger á ese bandido y estrangularle... Allá veremos.

Las cornetas tocaban llamada, y cada cual tuvo que echar á correr hacia su sitio. Los preparativos para emprender la marcha se hicieron muy pausadamente. Las tropas, con la mochila al hombro, tuvieron que aguardar hasta las nueve. Una grande incertidumbre parecía haberse apoderado de los jefes, ya no existía el entusiasmo de los dos primeros días con el que el 7.º había recorrido sesenta kilómetros en dos etapas. Llegaban noticias poco tranquilizadoras, que circulaban desde por la mañana; la marcha hacia el Norte de los otros tres cuerpos de ejército, el 1.º en Juniville, el 5.º y el 12.º en Rethel, marcha ilógica que trataban de explicar, por las dificultades que ofrecían los aprovisionamientos. ¿Ya no marchaban hacia Verdun? ¿Para qué se había perdido aquella jornada? Lo peor era que los prusianos no debían ahora hallarse muy lejos, pues los oficiales habían prevenido á los soldados que no se retrasaran, porque los reza-

gados corrían peligro de ser hechos prisioneros por la caballería enemiga.

Era el 25 de Agosto, y Mauricio, más tarde, recordando la desaparición de Goliath, se convenció de que aquel hombre fué uno de los que dieron noticia al gran Estado Mayor alemán de la marcha exacta del ejército de Chalons, noticias que decidieron el cambio de frente del tercer ejército.

Al siguiente día, el príncipe Real de Prusia abandonaba á Revigny; la evolución comenzaba, ese ataque de flanco, aquel envolvimiento gigantesco á marchas forzadas, en un orden admirable, á través de la Champagne y de los Ardennes. Mientras que los franceses vacilaban y dudaban, como atacados de brusca parálisis, los prusianos andaban hasta cuarenta kilómetros al día, en aquel círculo inmenso, llevándose por delante el rebaño de hombres que iban cercando hacia los bosques de la frontera.

Por último, empezó la marcha y aquel día en efecto torció el ejército á la izquierda; el 7.º cuerpo sólo recorrió las dos leguas escasas que separan á Contreuve de Vouziers, mientras que el 5.º y el 12.º estaban parados en Rethel y el primero se detenía en Attigny. Desde Contreuve al valle del Aisne, las llanuras empezaban de nuevo cada vez más tristes; el camino al acercarse de Vouziers daba vueltas por tierras grises, por montes pelados sin un árbol, sin una casa, como si aquello fuera un desierto; y la etapa, aunque corta, se hizo de un modo tan penoso, que pareció más larga que las de los días anteriores. Al mediodía las tropas se detuvieron en la margen izquierda del Aisne, acam-

pando entre las tierras peladas que dominaban el valle, vigilando desde allí el camino de Monthois, que sigue el curso del río, y por donde se aguardaba al enemigo.

Fué para Mauricio causa de verdadero estupor el ver llegar por aquel camino de Monthois la división mandada por el general Margueritte, toda aquella caballería de reserva, encargada de apoyar al 7.º cuerpo y de ir á la descubierta por el flanco izquierdo del ejército. Circuló el rumor de que subía hacia el Chene Populeux. ¿Por qué se desgarnecía el ala que amenazaba al enemigo? ¿Por qué se hacían pasar al centro, donde habían de ser completamente inútiles aquellos dos mil caballos que hubieran debido ir á la descubierta á algunas leguas de distancia? Lo malo era que al caer en medio del séptimo cuerpo habían estado á punto de cortar las columnas, armándose una gran confusión de hombres, caballos y cañones. Los cazadores de Africa tuvieron que aguardar durante dos horas á la entrada de Vouziers.

Por una casualidad, Mauricio reconoció á Próspero, que había llevado su caballo hasta el borde de una charca. El cazador parecía estar atontado, alélado, no sabiendo nada, no habiendo visto nada desde Reims; luego recordó que había visto dos hulanos, unos hombres que aparecían y desaparecían sin que se supiese de dónde salían ni á dónde volvían. Ya se empezaba á contar cuentos: cuatro hulanos habían entrado al galope en una ciudad, con el revólver en la mano, la habían atravesado, la habían conquistado, á unos veinte kilometros del cuerpo de ejército á que pertenecían. Estaban

en todas partes, precedían á las columnas con un zumbido de abejas, formaban una especie de telón, detrás del cual la infantería disimulaba sus movimientos, y avanzaban con tranquilidad, sin temor alguno, como en tiempo de paz. Mauricio sintió mucho pesar al ver el camino atestado de húsares y cazadores que tan mal se utilizaban.

—Vaya; hasta la vista,—dijo dando la mano á Próspero.—Tal vez le necesiten allá arriba.

Pero el cazador parecía estar muy disgustado con el oficio. Acariciaba á Céfire, su caballo, y contestó:

—¡Para la falta que hago! revientan los caballos y no utilizan á los hombres... esto descorazona.

Por la noche, cuando Mauricio quiso sacarse el zapato para ver cómo tenía su herida del pie, se arrancó la piel, saltó la sangre y lanzó un grito de dolor.

Juan, que se encontraba allí, pareció tenerle mucha lástima.

—Oiga usted, esto es grave; échese usted un poco, voy á curarle, déjeme usted hacer.

Se arrodilló, lavó la llaga, la secó con un trapo limpio, y mientras hacía todas éstas operaciones, miraba á Mauricio con cariño, le trataba con dulzura, y le tocaba el pie con sus manazas, haciendo prodigios para no causarle daño.

Una ternura invencible se apoderaba de Mauricio; de sus ojos salían algunas lágrimas; el deseo de tutear á aquel hombre subía del corazón á sus labios, como si aquel aldeano, á quien había odia do antes y despreciado la vispera, fuese su hermano.

—Eres un hombre de bien; gracias, amigo.